

San José, Costa Rica

15 Marzo de 1911

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Año I

Núm. 5

SOCIOLOGÍA

LA TENDENCIA SOCIOLOGICA

En la civilización moderna y en el momento actual, como herederos de los períodos precedentes, hay países en que, por la religión, con sus dogmas y sus errores, y por la propiedad, con sus privilegios y sus miserias, se ha llegado á un grave estado de perturbación.

Hay otros en que por circunstancias especiales de situación geográfica, de clima, de temperamento general de sus habitantes ó por otras causas, aunque sujetos á idénticas condiciones, no se ha llegado á tal extremo; pero están en camino de tan tremenda crisis.

Inútil detallarlo; todo el mundo y cada uno lo ve desde su punto especial de vista: si privilegiado, es decir, si el individuo pertenece á la clase que monopoliza la riqueza y explota el trabajo, nunca se ve asegurado contra la pobreza, y, como consecuencia, especula y atesora resguardándose tras un capital absorbente; si es desheredado, es decir, si se halla privado de su correspondiente participación en el patrimonio universal, queda moral y materialmente atrofiado, imposibilitado de desarrollar sus facultades y reducido á la condición de pobre, de explotado y de víctima.

Claro es que así no vive ni florece el tipo verdaderamente humano; existe una humanidad deficiente, incompleta; nadie está en su centro ni es feliz, y las pasiones más deprimentes y opues-

tas predominan y rigen las relaciones sociales. La soberbia y la humillación, el odio y la envidia, inextinguibles mientras exista la desigualdad social, inspirarán constantemente malas acciones, pese á las predicaciones y mandatos de filósofos, moralistas, legisladores y mandarines de todo género y categoría. La ley, norma estacionaria de lo lícito, aunque no de la moral racional, que reconoce la esencialidad progresiva del movimiento, sirve de regla á las legiones de amoraless que merodean por las márgenes del derecho escrito y de la justicia histórica.

Así se explican las catástrofes y las hecatombes de la historia, lo mismo que las iniquidades de la actual sociedad, pudiendo decirse que si á pesar de tan inmensa causa de mal ha podido efectuarse el progreso y cuenta la humanidad con el preciadísimo tesoro intelectual denominado la ciencia, se debe á que en el ser humano, como proporcionalmente á su naturaleza en todos los seres, hay una fuerza conservadora y progresiva, que en el hombre es la virtud, y en las especies inferiores es el instinto de conservación.

En tal situación,—y dado que la vida reposa sobre la urgencia de la satisfacción de la necesidad de todos y de cada uno en el instante, en el minuto, en la hora, en el día, siempre, y que esa necesidad exige la reciprocidad de cuantos individuos formamos

el cuerpo social, toda vez que no se baste cada uno para sí,—no hay medio de detener por un tiempo determinado para su reconstitución y reforma el funcionamiento de la gran máquina social.

Si fuera posible el absurdo de suspender las necesidades y las urgencias de la vida, podríamos incurrir en el no menor absurdo de encomendar á una asamblea universal de sabios la reorganización de la sociedad, para que formulara el plan de la sociedad justa y perfecta á la medida de su preocupación magistral ó sectaria, con que, á la manera de los legisladores de la antigüedad, pondrían nuevo dique al progreso; pero no; no hay punto de reposo ni delegación posible. Todos, sin excepción de uno solo, vamos haciendo historia y elaborando el porvenir; porque el mundo marcha.

El punto está en que ya que no todos podamos viajar en las condiciones excepcionalmente privilegiadas de los menos, no marchemos forzosamente arrastrados, ignorantes y abúlicos, dejando un reguero de víctimas en el foso de la miseria: si no todos pueden ir en *sleeping-car*, á lo capitalista, no vayan las multitudes en la perrera; búsquese un medio decente y cómodo, á la manera de los tranvías modernos, en que, por espíritu de igualdad, vayan todos armónicamente confundidos en humana confraternidad.

Á eso tiende la sociología moderna; no á confirmar ninguno de los sistemas apriorísticos de los soñadores, ni á oponer el terco *non possumus* de los doctores del privilegio á las reivindicaciones de los que aspiran á su emancipación, sino á establecer la sociedad en que pueda realizarse la participación de todos los herederos, que son todos los vivientes humanos en cada generación, en el patrimonio universal.

Reclus, en su obra inmortal *El Hombre y la Tierra*, ha formulado este juicio:

«Bajo el hormigueo de los vibriones encarnizados en la destrucción mutua, se siente la tendencia general de las cosas á fundirse en un cuerpo viviente cuyas partes están en interdependencia

recíproca y acabarán por asociar los enemigos, por hacer de cada traficante el repartidor delegado para la distribución de los productos que recibe: organismo al unísono del ritmo universal en el inmenso mecanismo. Además, el corto número de hombres poderosos que creen dirigir el conjunto formidable de los cambios, están asociados á millones y millones de individuos que por las mismas condiciones de su existencia determinarán las operaciones comerciales en sentido contrario del «libre albedrío» de especulación que se atribuyen los detentadores del capital.

«Todo está en vías de componer un cosmos armonioso en que cada célula tenga su individualidad, correspondiente á un libre trabajo personal, y en que engranen mutuamente, siendo cada uno necesario para la obra de todos. El mecanismo funcionaría perfectamente si, por una supervivencia todavía soberana, no se creyera cada uno obligado á tener en mano un signo representativo de su derecho al consumo, es decir, la pieza monetaria, el disco de metal. Comprar y vender constituyen aún la consigna de los que entran en la vida; pero indicios precursores nos hacen comprender ya, que esas palabras serán un día abolidas. La producción libre y la repartición equitativa para todos, tal es la realización que exigimos al porvenir».

¡Quién habla de la lejanía de la realización del ideal!... Si, como dice el mismo Reclus, el ideal no se convierte en hecho hasta que se hace consciente después de ardientemente deseado, preparado, adquirido por el sacrificio, ha de contarse además con la torpeza contraproducente de sus enemigos.

Lo importante es que toda tendencia estacionaria ó regresiva tiene como finalidad ineludible la derrota y el aniquilamiento, y que la aspiración racional á la justicia y á la paz está destinada á ser positiva y práctica, como resultado necesario y lógico del trabajo de la humanidad, que al fin se redimirá por sí misma.

ANSELMO LORENZO

La creencia sobrenatural y la creencia intelectual

El hombre es un animal creyente. Donde hay vida humana, la creencia existe: es uno de los hechos esenciales de nuestra naturaleza. La constitución de nuestro ser moral é intelectual confirma la necesidad de creer. La creencia atrae hacia sí, con fuerza singular, todas nuestras sensaciones, todas nuestras ideas, y las subordina á síntesis atrevidas que les renuevan su vigor. Es ella, —la creencia,—el ideal, vago ó preciso, que flota ante nuestro pensamiento y que querríamos nosotros apropiarnos. Es preciso creer en algo: vivir es creer! El hombre sólo vive porque cree. Dejaríamos de ser hombres si dejáramos de creer. Esa imperiosa necesidad no puede soportar una duda prolongada, una larga vacilación. Impulsa ella al hombre á las afirmaciones aventuradas, á complacerse en una perezosa incertidumbre, á aceptar autoridades sospechosas, y asimismo á sentir temor de todo serio análisis que pueda revivir sus dudas ó aniquilar sus creencias. Y se originan ahí la turbación y las angustias que sufre la conciencia cuando vacila, cuando cae el edificio de sus convicciones, á los golpes de una crítica despiadada ó á causa del trabajo silencioso de una obstinada é invencible duda.

La duda no es la ausencia de la fe: es la incertidud; la incertidud no es el no creer: es la creencia insuficiente. No es la duda una tentativa del pensamiento para esquivar á la vez la afirmación y la negación; es el temor, ora de no creer, ora de creer atrevidamente; es una actitud original que se asume entre el sí y el no. Si la certeza es un punto fijo, la duda puede ser un paso hacia ella, un manto de pasajera vacilación con el cual se cubre una creencia naciente.

No podría ser suprimida la creencia de la vida humana, sin que fuera paralizado su desarrollo. Sin la creencia sólo es el hombre un pedazo de sí mismo, despojado de lo más noble que hay en él, la inteligencia. No podría

evolucionar, no podría vivir. Imposible le sería satisfacer las infinitas aspiraciones de su vida moral, si no creyera en la finalidad de esas aspiraciones. La creencia es la justificación de la actividad que nos une al universo; ella nos concilia con la vida y es quien constituye la seriedad, la civilización, la humanidad.

La creencia es la conciencia misma del hombre y de todo grupo humano. Un individuo, un pueblo sin creencia serían una abstracción imposible, ya que ello implicaría la ausencia de todo deseo moral é intelectual. Fuera de sus instintos, ¿qué quedaría del hombre si se le privara de la creencia? Sin ella no sería capaz de explicarse esos instintos, de dominarlos, de regularizarlos, de llegar á hacer, más ó menos, su amo. Permanecería aislado de sus semejantes, porque es la creencia quien une á los hombres entre sí. A medida que las agrupaciones naturales de los hombres se constituyen, ella las anima, las impulsa, las fortifica para luchar y seguir hacia adelante.

La creencia se origina en el hombre mismo. Han sido la inquietud y el interés que su propia existencia le inspiran, quienes lo han encaminado á buscar cuáles son su naturaleza y su destino, su origen y su fin. No ha podido el hombre creer resignadamente que su vida sea poco duradera, y no siéndole posible tampoco atribuir el origen de ella á su propio ser, lo ha buscado fuera de él, lejos de su persona. Emanan de allí, según la influencia de climas y lugares, todas sus invenciones de divinidades y sus creencias religiosas. Dios no es más que un pensamiento del hombre. Fetichismo, magia, teurgia, no son más que términos empleados para procurar hacer más sensibles las divinidades y aumentar la comunión con ellas. La imaginación se excita poco á poco; y para llenar su necesidad de inmediata apercpción, inventa métodos más ó menos extraordinarios. Es el hombre un

animal que cree ver algo fuera de sí y tiende á apoderárselo, cuando menos á acercársele. Siempre ha sentido la necesidad de elevarse por encima de su ser. Esa es su incesante aspiración: la misma historia de Prometeo. Los griegos y los romanos, después de muertos sus héroes, los divinizaban. Es un imperioso instinto, cuyo único fin es la tranquilidad que procura, lo que empuja al hombre á unirse á una fuerza supra-cósmica.

Hemos dicho que el hombre es un animal creyente. Pues bien, cuando se estudia con alguna atención á los animales, se llega á reconocer que no solamente son ellos capaces de sentir la amistad, de amar y de odiar, sino que también dan signos de poseer facultades religiosas y morales *. Los fundamentos iniciales de la facultad religiosa están contenidos en la sensación de que hay seres más elevados y mejores que nosotros. Parece ser indudable que muchos animales experimentan esa sensación y reconocen á otros como más poderosos, como superiores á ellos. ¿De dónde viene el temor de ciertos animales ante los carniceros que los persiguen, sino de haber apreciado la superioridad de la fuerza de que disponen el tigre ó el lobo? ¿Acaso emana de una fuente distinta la medrosidad impregnada de un sentimiento religioso que le inspiran al salvaje las tempestades del cielo?

En su concepción de la divinidad no se limita el hombre á la idea de superioridad física; admite también la de una superioridad moral é intelectual. Hay asimismo animales á los cuales no es extraña esa noción. El caballo de Houzeau, que pacía libremente en torno de la cabaña, y relinchando cerca del pozo miraba hacia la ventana como si llamara á su amo para que le trajera agua, reconocía evidentemente no sólo la superioridad física, sino la de los medios creados por la inteligencia de Houzeau. Sabía él que una de las

condiciones de su bienestar dependía de su amo. La petición, *la oración*, por decirlo así, del caballo, puede recordar las ambarbalias de los antiguos en que se imploraba á los dioses del paganismo para que concedieran lluvia abundante y hubiera así buenas cosechas.

En numerosas circunstancias llena el hombre las funciones de una providencia para los animales. Les da de comer y beber, cuida sus necesidades y les suministra los medios de satisfacerlas. ¿Puede admitirse que el animal doméstico no se da cuenta de ello? Mucho más que el hombre con respecto á su Dios. Es evidente que el animal cuenta con el hombre para vivir. No solamente reconoce al agente que le sirve en sus necesidades, sino que le manifiesta alegría por los favores que de su mano recibe. Así, las abejas cuando han perdido á su reina, y otra la sustituye en la colmena, reciben á ésta acariciándola con las antenas y agitando simultáneamente sus pequeñas alas. ¿No es eso reconocer el beneficio hecho á la comunidad y advertir la intervención de una mano más poderosa?

Con razón se ha dicho: «El hombre es el Dios del perro... ¡Cómo lo adora! Con qué respeto se echa á sus pies, con qué veneración lo mira, cómo lo acaricia, con qué gozo le obedece». Ninguna exageración hay en esas expresiones. Miremos al salvaje ante sus ídolos, al bárbaro prosternado sobre los codos y las rodillas ante su sultán, al católico frente á sus estatuas, y no encontraremos diferencia esencial entre los signos de respeto del hombre inferior hacia sus emperadores y dioses, y las manifestaciones que el perro le hace al hombre.

¿Cuáles son las deidades de los pueblos primitivos sino los jefes, los héroes, los guerreros ilustres? Los negros del interior de Africa al ver las armas y los vestidos de los blancos les decían: «Vosotros sois dioses». Tal es la idea estrecha de la divinidad en el hombre salvaje; en ese sentido la expresión: «Para el perro el hombre es un dios»,

* Se ha observado entre ciertos himenópteros movimientos extraños, regulares, hechos en común, movimientos que parecen tan perfectamente inútiles, que se ha creído ver en ellos las ceremonias de un culto religioso. (Le Dantec, *Le Coublit*, P. 107.)

está plenamente justificada. Un Dios útil, necesario, indispensable, que dis-cierna para él el bien del mal.

El sentimiento religioso es un senti-miento primitivo, inconsciente en sus comienzos; el hombre no adquiere ver-dadera conciencia de él, sino con el progreso de su inteligencia. «Excep-ción hecha de los sentimientos intelectuales, ninguna manifestación afectiva depende más del desarrollo de la inte-ligencia que el sentimiento religioso, pues toda religión implica una concep-ción cualquiera del mundo, una cos-mología y una metafísica» *.

Cada creencia expresa la idea que un individuo, que un pueblo, ha concebi-do acerca del origen y del conjunto de las cosas. Ella cambia con los tiempos, los lugares, las costumbres, el espíritu

de los hombres. Las revoluciones, el cambio de las ideas entre los indivi-duos y entre los pueblos, la insensible transformación de los caracteres, los descubrimientos científicos, dejan en ella sus huellas.

Desde las más remotas edades de que existe recuerdo, los hombres han creí-do que el mundo «visible» que los rodea está poblado de entidades misteriosas cuyo poder es apto para modificar y dirigir los fenómenos de la vida. He ahí la fuente de la multitud de creen-cias y religiones que se han sucedido: fetichismo, magia, teúrgica, gnosis, ascetismo, alquimia, ritualismo, espi-ritismo, etc.

DR. OSSIP-LAURIÉ

Traducción de Omar Denego. - Terminará este tra-bajo el próximo número.

Los jornaleros

Mañana comenzará de nuevo nues-tra estúpida vida. El sol se levantará en el horizonte, los pájaros alzarán su concierto entre las hojas olorosas y limpias; y mientras el agua brillará oscilando en las puntas de las espigas, nosotros volveremos á nuestro trabajo invariable y tedioso, agotador y em-bruteciente.

A la tarde, cuando el sol se esconda, y diga su adiós al mundo bañándolo en púrpura y oro; cuando los zenzont-les salten charlando entre los ergui-dos piñales; cuando las cigarras aca-llen sus liras resonantes; cuando los penachos relucientes de los cocoteros se remezcan al toque de las últimas brisas; cuando las serenas estrellas co-miencen á entreabrir sus ojos de oro... entonces, nosotros, agotados, hastia-dos, entorpecidos, buscaremos el lecho, como una bestia al desuncirle el yugo;

y un día más, inútil, estúpido, bestial, se habrá realizado en nuestra vida.

Habremos comido y bebido.

Bien ó mal, habremos digerido, su-dado, espectorado y escrementado. Nuestros órganos habrán cumplido su tarea, labrando el vestido, los muebles, el pan, el techo para los poderosos y los ricos; y ellos, los señores de la vida, hartos, contentos, gozosos, se entregarán al baile y al juego, irán al teatro, charlarán, hablarán de cuadros, de estatuas, de política, de ciencias... y entre el humo de sus cigarros perfu-mados y la espuma de sus vinos gene-rosos, entonarán su himno al progreso y á la civilización.

Nosotros, entre tanto, iremos pesa-damente á nuestro lecho, pensando que la muerte es un descanso, y que la felicidad está en morir.

ALBERTO MASFERRER *

* Th. Ribot, *Psychologie des sentiments*.

* Publicista sociólogo salvadoreño.

A TODOS INTERESA

la lectura de la Correspondencia A. en la cual están anotadas las cantidades recibidas hasta el 15 del corriente, y los avisos de la Biblioteca Domenech con las últimas obras recibidas.

PEDAGOGÍA

Los exámenes

Su inutilidad como medio de educación. Tesis leída en el Liceo de Heredia por el profesor de ese establecimiento don Luis Felipe González, en la controversia suscitada con otro profesor de ese plantel.

SEÑORES:

El distinguido compañero don Abraham Alvarez con cuya colaboración profesional se honra nuestro Liceo de Heredia, ha tenido la galantería de invitarme á una discusión pública sobre el valor é importancia de los exámenes en los establecimientos de educación.

Por temperamento, por impulsos insistentes, soy un fanático entusiasta por todo aquello que tienda al progreso de la enseñanza. No era pues, posible, que pudiera sustraerme á tomar parte en tan interesante debate dentro de la medida de mis fuerzas. La educación es la raíz del problema humano; al rededor de ella gravitan todos los demás problemas; es por decirlo así el problema de los problemas, es la piedra angular sobre que descansan todas las instituciones. «La sociedad organizada no es sino un fruto de la educación. El hombre civilizado mismo y el ciudadano no son más que frutos de la educación. El Estado no es más que un fruto de la educación. Ni el hombre civilizado, ni el ciudadano, ni la sociedad organizada, ni el Estado pueden existir sin la educación. En una palabra, la educación es la madre ó nodriza de todos los progresos, de todas las grandezas que puede forjar el espíritu humano». El dueño de la educación es el dueño del mundo, tal es la importancia que el filósofo alemán Leibnitz da á la educación y yo, convencido de esa verdad, vengo á confirmarla aquí tomando parte en este debate que, por ser una de las tantas fases en que se presenta el problema de la educación, es para mí la mejor de las fiestas en la cual forman hermosa conjunción la fiesta del pensa-

miento con la fiesta del corazón. Es un torneo intelectual donde el sentimiento, es el ansia á la cultura que palpita en los corazones.

Las corrientes humanistas del Renacimiento han venido creciendo, fortaleciéndose é infiltrándose en la conciencia de la humanidad. La diplomacia ha venido á sustituir en muchos países civilizados á la lucha fratricida. A los templos de guerra suceden los templos de paz con un ramo de olivo por emblema. Los medios coercitivos usados por los gobernantes han venido sustituyéndose por los medios de persuasión dirigidos por la razón humana. La escuela, como un resultado de esa corriente humanista, se convierte en centro de alegría, atractiva, rodeando al alumno de una ternura discreta en medio de un ambiente de júbilo y de belleza. La palmeta, el ceño adusto del educador, su porte austero, el tormento y por último, el juicio final, ese *coco* fantástico con que se asusta á los niños en el hogar y se prolonga en los planteles de educación bajo la nominación de exámenes, se han sustituido hoy por el trato cariñoso y sugestivo, por la sonrisa cautivadora del maestro y por la labor persuasiva en el discípulo del sentimiento del estudio por el estudio mismo.

La institución de exámenes es uno de los tantos anacronismos de los cuales cuesta que se desprendan los espíritus atados al pasado y como tradicional que es, tiene que encontrar apoyo en los elementos misonicistas. Su supresión tiene por base los siguientes fundamentos: las doctrinas humanistas que han tenido como abanderados á pedagogos de la talla de Erasmo, Rabe-

lais, Montaigne, Vives, Rousseau, Herbart, Pestalozzi, Froebel, Dresterweg, Guyau, Horacio Man Buisson, Elena Key, Mme. Kergormand y otros, y su ineficacia como medio de instrucción y de educación; al rededor de estos dos puntos gravitará el desarrollo de nuestra tesis.

Los directores de la educación han visto en la práctica de los exámenes medios de control y coercitivos de aprendizaje: como medios de control, es decir, como objeto de apreciación para aquilatar el *quantum* de conocimientos que han adquirido los estudiantes durante el curso escolar, la prueba de los exámenes es completamente ineficaz. Siendo el examen de ordinario una prueba de todo punto aleatoria, es inútil invocarlo para apreciar la adquisición de conocimientos. Es aleatoria la prueba del examen porque la práctica ha puesto en evidencia que un estudiante aplicado ha fracasado en uno de esos actos porque ha tenido la adversidad de la suerte de que la tesis que le tocara fuera la excepción de sus estudios. En el caso contrario se ha visto que á un estudiante desaplicado le toque desarrollar varias tesis que fueron las únicas que le merecieron su atención en su vida escolar. De ahí resulta la siguiente anomalía: la improbación del primero, es decir del aplicado porque la suerte le fué adversa y no pudo satisfacer al Tribunal y la aprobación del segundo porque la suerte le fué favorable y pudo dejar contentos á los examinadores. Como consecuencia tenemos que tales actos son ineficaces para apreciar el *quantum* de conocimientos adquiridos durante el año lectivo.

Por otra parte, los actos de exámenes van rodeados siempre de cierta solemnidad ó aparato de los cuales no puede prescindirse y que ejercen gran impresión en los alumnos, máxime si son de temperamento nervioso. De ahí resulta una segunda anomalía: que la mente demasiado ofuscada de un alumno aplicado le impide evolucionar, raciocinar, investigar, observar, es decir poner en actividad sus facultades men-

tales. Su espíritu y atención están en una tensión tal, que lo ponen fuera de sí en un estado anormal por su excitación nerviosa. Y por lo contrario un alumno ecuánime, de temperamento sereno puede muy fácilmente impresionar al Tribunal examinador y hasta evadir con inteligencia el interrogatorio que se le propone logrando salirse por la tangente en sus respuestas.

El Director del Museo Pedagógico de España, señor Cossío, estima que los exámenes son insuficientes «como prueba de los resultados más trascendentales de una enseñanza; nada revelan verbigracia, de la vocación, de las condiciones de carácter, ni de la moralidad de los alumnos; aun para acreditar la insuficiencia intelectual, pueden los exámenes ser inútiles y siempre ocasionados á graves errores; por otro lado ofrecen muy serios inconvenientes desde el punto de vista higiénico, por cuanto imponen con frecuencia una preparación mecánica, precipitada y febril al alumno y además como dislocan el centro de gravedad de los estudios y hacen todo lo posible por sustituir el atractivo natural, saludable y grato del saber, por el interés malsano y enojoso del examen apagando así poco á poco en el ánimo el amor á la verdad, los exámenes son de perniciosos efectos morales. De ahí la tendencia á suprimirlos, y cuando la supresión se estima como una medida demasiado radical, á separar como cosas distintas, la función de la enseñanza de la función del examen. Realmente, es necesario elegir, como un insigne pedagogo español dice, entre los exámenes y la educación.

«La idea más general entre las principales autoridades de Pedagogía es que el examen donde lo hay domina y esclaviza el sistema de educación. Harrison, el autorizado Jefe del positivismo ortodoxo ó comtista en Inglaterra, en un artículo publicado en *Minetenth Century* decía que habiendo sido llamado el examen para servir á la educación se ha convertido en su dueño: la educación ha acabado por ser su esclava». «Es probablemente

peligroso, advierte el Decano de Letras de Tolosa, señor Blurist, que los exámenes ejerzan influjo tan preponderante en la enseñanza superior como en las demás enseñanzas, pero que esto parezca bien ó mal el hecho es así».

O educación ó exámenes, dice el señor Giner de los Ríos, profesor de la Universidad de Madrid y de la Institución libre de enseñanza, en su obra *Pedagogía Universitaria*. «Si por examen se entendiese la constante atención del maestro á sus discípulos para darse cuenta de su estado y proceder en consecuencia, ¿quién rechazaría semejante medio sin el cual no hay obra educativa posible?»

«Pero ¿quién entiende que eso es el examen? El examen es todo lo contrario. Justamente añade el señor Giner, las pruebas académicas á que se da aquel nombre, constituyen un sistema en diametral oposición con ese trato y comunión constante. Pues donde ésta existe, aquél huelga, y por lo contrario, jamás los exámenes florecen como allí donde el monólogo diario del profesor pone un abismo entre él y sus alumnos. La situación del primero es como la de un libro de texto que hubiera que oír leer á horas fijas, y para esto puede bien suprimirse el profesorado y sustituir (con ventajas) las aulas por las bibliotecas... La enseñanza es función viva, personal y flexible; si no, ya está de sobra».

«Hay que decirlo: si la enseñanza se limita á hacer una preparación para los exámenes, está de sobra. ¿A qué pedir esfuerzos económicos al país para mantener esos centros preparatorios para los exámenes?»

El profesor de la Universidad de Oviedo, Adolfo Posada, agrega: «La supresión del examen, de toda prueba artificiosa y preparada, cambiaría ne-

cesariamente la orientación de la enseñanza é inauguraría un régimen bien distinto del que existe en las relaciones entre maestro y alumno».

«Es indispensable ordenar las cosas de modo que el alumno no asista á clases pensando en el examen por obligación, por miedo al suspenso, sino puramente al trabajo, porque quiera estudiar, porque le interese la labor del maestro».

«El examen es escuela de servilismo, mata la iniciativa del discípulo, ahoga la libertad del profesor, trastorna de raíz la acción educativa de la enseñanza y convierte la Universidad en oficina donde se despachan expedientes de títulos».

«El examen es la traba, es la coacción aplicada á la enseñanza, es la iniciativa á la rebeldía, el nivelador de las inteligencias, el engendrador de las medianías acomodaticias».

«El sistema de examen, decía el insigne Max Müller, favorece las medianías». Aludiendo á los resultados del mismo en Inglaterra, añadía: «Ya no hay más que medianías. Inglaterra va perdiendo de día en día sus antiguos atletas intelectuales».

...Sufrimos tristemente esos continuos exámenes, que estropean y desmedran á nuestros jóvenes...»

Un escritor australiano de gran competencia, Catton Grasby, afirma «que los exámenes no dan exacta medida de la inteligencia del alumno, y á menudo, ni siquiera de sus conocimientos; son perniciosos para el bienestar intelectual, moral y físico y causa de cierta cantidad de inmoralidad, en varias formas por parte de discípulos y maestros».

LUIS FELIPE GONZÁLEZ *

* Profesor del Liceo de Heredia. - Continuará el próximo número.

PENSAMIENTO

El milagro implica *esencialmente* una alteración de las leyes naturales. Estas fueron creadas por Dios con carácter de *inmutabilidad*. Luego Dios, al realizar el sinnúmero de milagros que la Iglesia consigna, alteró su obra y el carácter de la misma. Un Dios que se contradice deja de ser Dios. — MARIO ZENIT SURTE.

Sobre educación

El modo actual de la educación no conviene ya á nuestro tiempo. Existen en ella demasiadas sobrevivencias del pasado. A pesar de los progresos realizados y las intenciones generosas expresadas, el estudiante continúa siendo tratado como un contribuyente del cual se exige cierta suma de trabajo sin decirle nunca el por qué, como á un reputado de holgazanería y turbulencia, sometido á la obligación de tareas continuas, metido entre varas y tenido por la brida. No sabemos infiltrarle la educación de la libertad.

Nuestra educación, después de tantas revoluciones, por las cuales ha sido el mundo transformado, continúa poco más ó menos en sus intenciones generales como en tiempos pasados.

Una educación nueva movería al escolar, hoy demasiado pasivo, á la actividad intelectual; dejaría en toda su conducta moral una parte de libertad que aumentaría á medida que creciera él mismo. No es natural que el estudiante de filosofía, cuyo bigote empieza á salir, sea molestado por la vigilancia igual que un párvulo del primer grado, que se halla en el período de la segunda dentación.

En una palabra, la educación nueva se propondría asegurar á la sociedad actual actividades libres, de las que se encuentra necesitada, como la educación antigua procuraba á la vieja sociedad, la obediencia de que ella vivía.

Si el escolar de nuestros días, el que no aprenderá ni griego ni latín, debe llegar á la vida, atiborrado de fragmentos indigestos de una enciclopedia, no sobrecargado, pues no existe el exceso fuera de la preparación para las grandes escuelas, pero sí con el espíritu lacio, hastiado y disgustado, y por otra parte, indisciplinado porque no ha sido acostumbrado á vivir bajo un régimen de libre y perseverante actividad, yo declaro que este escolar no me es interesante. Y no me es interesante porque lo conozco: es una antigua cognoscencia.

Se le quiere admitir en los estudios de enseñanza superior que hasta el presente le han estado prohibidos, y no veo ningún inconveniente sostenible en impedirle que haga estudios jurídicos ó medicales. Soy partidario de la equivalencia entre el bachillerato clásico y el moderno. Pero si el bachiller moderno equivale al clásico, si ha sido educado del mismo modo, ¡valiente progreso habremos hecho! Como sus camaradas, al pasar del Instituto á la Universidad, será arrojado repentinamente del régimen de constante vigilancia y de perpetua coacción y docilidad, al de la libertad sin freno; así no sabrá encontrar ni la regla de su vida moral, ni la de su vida intelectual. La libertad para él será el desorden; la corriente manifestación de esta libertad el escándalo; y por otra parte, educado en la inercia, pasivo siempre, sin curiosidad, sin desinterés, continuará repasando los resúmenes y aprendiendo las lecciones sólo para examinarse.

Si no va á la Universidad, es probable que buscará bien pronto un empleo tranquilo. El moderno escolar, como el otro, será, por una fuerza invencible, conducido desde la mesa de estudio á la mesa de oficina; su ideal será hacer resúmenes toda su vida.

El Instituto de hoy es la antecámara de todas las oficinas.

La transformación del colegio oficial es una de las cosas más difíciles que existen en el mundo, pero no es imposible. Han sido necesarios una treintena de años para transformar nuestra enseñanza superior; aquí se ha sabido, desde el primer día, lo que se quería y se ha querido hasta la terminación, y la obra es bella. Más difícil, más larga será la reforma de la educación en nuestros colegios oficiales: será necesario tal vez medio siglo; pero ello es una razón para empezarla inmediatamente y continuarla.

Será necesario preparar profesores para tal obra, dando á los jóvenes que

se dediquen al profesorado la educación profesional que les falta casi completamente, provocando así en ellos el espíritu de reforma.

Suprimir en los colegios la uniformidad del régimen intelectual y moral, por ser esta uniformidad conservadora del antiguo régimen, en materia de educación como en materia política; suprimir las causas de la uniformidad, por ejemplo el bachillerato, que esclaviza y desmoraliza los estudios; dar á los colegios donde se vive hoy el individualismo, el carácter de personalidades colectivas; acordarles una iniciativa; revisar los métodos y todo el sistema de tareas escolares; hacer del método de trabajo un aprendizaje de la libertad; poner el movimiento y el estímulo en donde por largo tiempo sólo se ha procurado crear la mayor suma posible de docilidad y de inmovilidad: tal es el problema.

Yo repito que todo eso es muy difícil, pero no se sabe cuán numerosos son los profesores jóvenes cuya buena voluntad está dispuesta para una rápida regeneración! Y aun yo pido medio siglo.

La desgracia estriba en que, cuando se habla en Francia de medio siglo, se hace reír á la gente. ¡Medio siglo! ¿Y pensáis en eso? ¡Ni siquiera tenemos asegurado el mañana!... La comedia política que se representa en su superficie de nuestra nación parece hacernos perder la idea de la duración de Francia. Los mentecatos que se suceden en el poder viven al día. Olvidan que la nación ha de sobrevivirles y es cosa extraordinaria y muy grave el que no se encuentre un hombre de Estado capaz de empezar, al menos, alguna gran cosa y de abrir á este país perspectivas de porvenir.

JULES LEMAITRE *

* Profesor de la Sorbona y miembro de la Academia de Francia.

* * *

Las lamentaciones de Mr. Jules Lemaitre son para nosotros los españoles amantes de la enseñanza, un triste desconsuelo, que no nos amilana ni disminuye nuestros entusiasmos.

La clase burguesa que representa Mr. Jules Lemaitre en la Universidad de Francia, se lamenta por su boca del atraso y abandono en que se hallan allí los estudios para la educación. Tienen necesidad de reformarlos, de adaptarlos á la vida moderna, de darles orientaciones expansivas que susciten en el joven actividad, iniciativa, moralidad, amor y belleza... Y nosotros que estamos bien lejos aun de resolver el problema del analfabetismo ¿cuándo llegaremos á poder hablar de reformar la enseñanza superior?

Bien es verdad que aquí el problema es uno en toda la extensión de la enseñanza. Los párvulos balbucean las primeras letras con defectos de dicción propios de la corta edad, pero los doctores, licenciados en ciencias, en medicina y en derecho, saben apenas escribir con propiedad y muchos de ellos ni siquiera han podido aprender á emitir con libertad una idea elemental. Ni han aprendido á pensar ni á escribir. Nosotros conocemos señores que ostentan títulos académicos, cuyas faltas de ortografía las descubriría un alumno de tercer grado de nuestra Escuela Moderna.

¿Qué diría Jules Lemaitre de la enseñanza y educación en España? Quizás su asombro le dejara mudo. Si allí los jóvenes pasan de las mesas del Instituto á las de las oficinas, es porque pueden. Aquí ningún bachiller sabe nada de ninguna cosa y no servirían ni para ordenanzas de un despacho, porque para esta función se necesita saber leer y escribir. En cuanto á educación, «peor es meneallo».

Con cuánta justicia decía *La Guerre Sociale* refiriéndose al funesto exministro La Cierva:

«En España, donde hay ciertamente hombres de gran cultura, se dan ministros que en Francia no obtendrían por oposición ni la auxiliaría de una escuela de aldea».

¿Qué opinión merecerá á Mr. Jules Lemaitre uno de estos ministros? Porque esos ministros existen...

LA DIRECCIÓN

PÁGINAS LITERARIAS

El patrón

(Paráfrasis)

En una isla perdida en el océano
la suerte colocó,
un grupo de hombres jóvenes y fuertes
bajo el aliento cálido del sol.

Cuatro eran labradores de la tierra,
el quinto era el patrón
y decía á los otros con orgullo:
¿Quién os mantiene? ¡Yo!

Sí, respondían ellos enjugando
las fuentes del sudor
— llenos de gratitud honda y sumisa,—
poniendo suavidades en la voz—
¿Qué haríamos nosotros sin tu amparo,
bondadoso señor?

Y ellos se alimentaban de polenta
y cebolla. El arado con la hoz,
eran sus infaltables compañeros
desde la madrugada á la oración;
cultivaban la vid y los trigales
y los otros ganados del señor.

Una vez el hartazgo y la molicie
mataron al patrón
y los cuatro labriegos se encontraron
solos á su capricho. ¿Y qué pasó?
Que el pan—antes vedado—dió á sus cuerpos
desusado vigor,
y la carne y el vino fueron suyos
como suyo era el sol.

Entonces, trabajando mucho menos
y comiendo mejor,
palparon su derecho y comprendieron
la verdad de su antigua situación.
Eran ellos, más bien, los protectores
del holgazán que siempre los mandó.

¡Qué bestias hemos sido!, se dijeron
al recibir la luz de la razón...
y libres, y felices continuaron
la emprendida labor.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Los bueyes

¡Va Victis!

Van con su lento andar; estremecidas
las musculosas testas, bruscamente
bajo el yugo oprobioso; las enormes
pupilas en las órbitas se mueven
con una triste lentitud y nada
pone viveza en ellas; permanecen
clavadas en el suelo y nada miran
sino la senda misma y nada advierten
sino el tropiezo próximo: ellos saben
cuán dolorosa es la caída siempre
y cómo aumenta ese dolor el hierro
de la aguzada pica introduciéndose
en su trémula carne atormentada.
De los hocicos jadeantes, penden
brillantes hilos que en el blanco polvo
trazan complejas curvas que parecen
los misteriosos signos con que escriben
estos desheredados de la suerte,
en la página inmensa del camino,
la mísera odisea de sus crueles
marchas interminables á lo largo
de una ruta sin fin.

* * *

Los tardos bueyes
son los esclavos del trabajo: nunca

sus formidables nervios estremece
la conmoción del goce, ni el espasmo
de la pasión, ni el súbito deleite
del ardoroso amor.
Ellos ignoran
todo lo que es placer, y no apetece
sino un puñado mísero de pasto
para calmar el hambre de su vientre.

* * *

No juegan, el dolor los tornó graves.
No retozan, están muy tristes siempre.
Cuando al clarear el alba los pastores,
se van con su ganado al campo verde,
los terneros brincan de alegría,
los potros riñen amorosamente
con las jóvenes yeguas, las ovejas
—que miran como miran las mujeres—
van en nutridos grupos jugueteando
por el ancho sendero hasta perderse
tras la silueta de una loma,—sólo
los pensativos, los adustos bueyes
andan con lento andar, las poderosas
cabezas inclinadas tristemente,
como si aún pesara sobre ellas
el humillante yugo...

* * *

Cuántas veces
con mirar resignado contemplaron
sus cansadas pupilas, á la tenue
claridad del crepúsculo, el idilio
de un bravo toro lleno de altiveces
con una mansa ternera joven
de ancas llenas, redondas y lucientes...
Y ellos... no aman ya... son los eunucos
que en el harem del campo languidecen,
mirando las caricias que se hacen
el sultán de las bravas altiveces
y la sultana de ancas opulentas.
A veces luce en sus pupilas, breve
relámpago ardoroso...
Acaso olvidan
su triste condición, quizá recuerdan
el luminoso tiempo en que ellos fueron
también sultanes del harem campestre.
Pero es sólo un relámpago y bien pronto
se extingue, entonces sus miradas vuelven
á ser dulces, suaves, resignadas.
Entonces sus pupilas nuevamente
giran con grave lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen

clavadas en el suelo y nada miran,
nada ven, nada observan, nada advierten.

* * *

Echados á la sombra de algún álamo
cuya elevada ramazón se yergue
en mitad del potrero, á esa hora
en que el florido campo se adornece
bajo la gran mirada abrasadora
del fecundante sol, indiferentes
á cuanto les rodea, sacudiendo
la sucia piel á fin de que se vuelen
las moscas agrupadas en las lacras
que les hicieran los pinchazos crueles
de la ferrada pica; restregando
las enormes mandíbulas que muelen
el pasto no rumiado en la mañana;
caídas las orejas, como imbéciles,
ahí están los esclavos del trabajo,
los eunucos del harem campestre,
los que no aman, ni juegan, ni retozan;
los graves, los adustos, los que siempre
tristes están pensando en los idilios
de las tardes rosadas...

¡Oh los bueyes!

M. MAGALLANES MOURE

Poeta chileno

¡Todos irresponsables!

La comida se acaba silenciosamente.

Hacía dos días que Cristiana había regresado de su viaje y ya estaban contadas las nuevas que su familia tenía para ella. La joven había recostado su cabeza leonada en el respaldo de la silla y sus ojos de un verde profundo miraban llenos de ensueño un rayo de sol que entraba por la ventana, mientras su pensamiento estaba en la buena tierra que acababa de abandonar.

La tía Luisa habló. Su voz tenía un saborcillo de ironía.

—¿Por qué no has preguntado por tu protegida, Cristiana?

—Como sé que ustedes no la quieren, prefiero ir yo misma á preguntar á ella cómo se encuentra.

—¿Con que irás tú misma? y la tía Luisa *tosió con aquella su tosecita que tanto exasperaba á Cristiana*, porque sabía era presagiadora de noticias que habrían de mortificarla.

—Pues ya desistirás de tu idea, por-

que has de saber que ahora esa muchacha es toda una perdida.

—-Toda una perdida, repitió el eco de la tía Luisa, la tía María, una viejecilla seca, tímida, para la cual su hermana era un oráculo que ella respetaba y admiraba.

—¡Oh! Cómo hablan ustedes así, exclamó Cristiana haciendo un gesto de cólera.

—Como lo oyes, hija; tú misma puedes ir á ver la casa que tiene puesta. Te digo que tu angel es una perdida, una cualquiera. No se necesitaba ser sibila para adivinar que así acabaría.

—Cállense ustedes y no digan más infamias, gritó Cristiana incorporándose, mientras la indignación brillaba en su frente. Por fin sucedió lo que me temía; ¡y pensar que no fué lo suficientemente fuerte para impedirlo! Y quiénes tienen la culpa de que esto haya sucedido? Yo, ustedes, todo el mundo!

Sabíamos que por el camino que marchaba iría á la ruina, la vimos pa-

sar como víctima al altar del sacrificio y nadie la arrancó de él, nadie detuvo la mano del victimario.

Pues que esperaban que fuese? No pueden ustedes haber olvidado quién es su padre, quién su madre...

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas al recuerdo de la madre de Soledad; le pareció ver la figura repugnante, de rostro amarillento como de marfil viejo y la mueca que contraía la boca desdentada cuando aquella mujer estaba borracha.

—Es triste, continuó: sus abuelos, sus tíos, sus padres, toda una generación de alcoholizados! Y su padre? Oh! ese hombre de malas entrañas! ¡Pobre Soledad! ha pasado toda su vida entre malas é irresponsables gentes, como ella. Ustedes no pueden haber olvidado los horribles *pacios* en que ha vivido.

—La herencia, el medio y ¿todavía la acusáis? ¿Acaso la habéis ayudado? ¿Y pensar que mirábamos esto con la misma indiferencia con que se ve consumir una infamia en el escenario desde la luneta de un teatro?

Yo quise tenderle mi mano, pero aquí destruyeron mi buena obra. Os desprecio y yo también me desprecio por mi debilidad. Y ahora ustedes son las primeras en anatematizarla? Oh! tía Luisa, me parece ver á usted esta mañana bajando del comulgatorio con los ojos bajos y las manos puestas pensando que traía en su corazón á aquel Jesús que dijo á los que perseguían á la mujer adúltera: «el que de vosotros es sin pecado, que arroje la piedra el primero». Cristiana miró valientemente á la tía Luisa. Nunca como entonces le había parecido más repugnante la flaca figura, de rostro afilado; las dos trenzas en que siempre recogía su cabello le hicieron el efecto de dos malas serpientes que tentaban á su tía.

—Una cualquiera, una perdida, murmuró la joven con tono reflexivo. Pero, es que piden de ella, una estrella ó una azucena? En donde iba la pobre á beber su brillo ó su blancura? No podía sacar esto del cieno en que ha vivido.

—No te apures hermanita predicadora, dijo su hermano en tono zumbón, que yo conozco hermosas flores como el nenúfar que no toman su belleza de aguas muy puras.

—Yo también conozco personajes que pasean un gran nombre, que no ha sido sacado de lugares muy limpios.

—La que quiere conservarse honrada, aunque viva entre bandidos lo es, añadió el joven con tono displicente, mientras sus tías le sonrefan aprobándole.

—No saques á relucir paradojas del arca de Noé; me das lástima. Nunca creí que hubieras tomado con tanta flemma lo que aquí llaman la caída de Soledad. Creí que como eres joven y haces gala de amar lo bello, te indignaría ver que quebraran y arrojaran al estercolero una bella estatua.

Tú y los más de tus compañeros os indignaríais si os acusasen de haber arrastrado por los cabellos ó de haber abofeteado á una mujer. ¡Oh, somos caballeros! diríais enfáticamente. Os olvidáis que al perderla obráis como si cogierais un alma por los cabellos para pasearla por el polvo.

Hojea el libro de Heans Wegner «Nosotros los jóvenes» y no sonrías con desprecio al leerlo. Medita cada una de sus páginas preciosas y empaña tu alma de la bondad que emana de ellas. Hazlo leer á tus amigos y aprended á levantar á la mujer caída y á impedir que otras caigan. Sed buenos y misericordiosos. Tened piedad de las mujeres, que esto hará mejor la vida de las generaciones futuras.

¿Por qué al que cae procuramos hundirlo más con nuestro desprecio? ¿Qué cuesta darle, como el extremo de un manto salvador, una palabra cariñosa á la que pueda asirse para salir del agua en que se ahoga. Quizá sólo esto necesite y habríamos de negárselo? Cristiana escondió su cara entre las manos. Tenía ante sí el rostro de Soledad, añorado, encantador, rodeado de sus crespos cortos y oscuros. Le pareció verla manchada, llorosa, á

ella tan linda, tan seductora, que merecía ser amada de rodillas. Cristiana creía ver en Soledad la silueta de una de aquellas dulces dolientes mujeres de Goethe: una Clara, una Margarita. ¿Por qué se obstinaba en esta idea? Acaso aquellas heroínas habían salido de un ambiente como el en que había vivido Soledad?

—Mi pobre amiga! ¿Qué puedo hacer por tí cuando todo lo que te rodea está en contra tuya? Cuando encarnaste te besó la fatalidad. Eres una irresponsable...

Sus ojos fueron de su hermano á sus tías. Una sonrisa de amargura contrajo sus labios. ¿No son también estos irresponsables al acusarla? ¡Qué

es esto! En la vida nadie tiene la culpa de nada, como nadie la tuvo al nacer. ¡Me confundo!

Con paso vacilante salió del comedor. Breves instantes después salió con su sombrero puesto.

—¿Dónde vas Cristiana?

—A buscar á la perdida, á pedirle perdone mi parte que he puesto en su caída: mi debilidad para impedir que vosotros la maltratarais con vuestro odio y vuestro desprecio. Esto es lo único que puedo hacer, ¡pobre de mí!

—Dejadla, dijo su hermano con su mismo tono zumbón de antes: es un pequeño Quijote con faldas. Ya iré yo tras ella haciendo de Sancho.

CARMEN LIRA

Renovación

Navegando por el espacio inmenso, por el espacio azul, bajo la espléndida luz solar, en las alegres góndolas del viento, han pasado esta mañana—como el último año por este mismo tiempo, como todos los años—las caravanas de semillas voladoras que marchan llevando en triunfo gérmenes de vida que las lluvias y el sol fecundarán después, no se sabe en qué región.

A esta primera expedición seguirán nuevas y nuevas expediciones, en marcha hacia la eterna renovación.

Así por la extensión amplísima del horizonte van las alegres góndolas del pensamiento conduciendo las ideas—esas semillas voladoras—á cumplir el mismo fin, la misma, la eterna gran ley.

Labriegos del fundo social, pensadores de verdad, á vosotros se halla encomendada la labor benéfica de hacer brotar esas simientes. Ellas se alzarán por sí mismas para germinar más tarde. ¡No importa en qué latitud!

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

En alta noche

Rueda la infamia por el mundo... *Rueda sin cesar.* No cesa de rodar y pasa devastando las aspiraciones buenas de los hombres y sus buenas esperanzas. Pasa dejando en los repliegues de sus almas cardos de dolor. Cardos que punzan, cardos que matan.

Como el viento huracanado que con aleteos de cóndor enfurecido golpea las techumbres de las viviendas pobres y les arranca quejas tristes, como humanas agonías, pasa la infamia por el mundo en eterno rodar. Y nada es que algunas almas quieran detener su paso.

Nada es que lloren las súplicas con triste llorar, ni que protesten las rebeldías con fiera agresión: la infamia pasa siempre, y por siempre pasará sobre el llanto de las quejas y la brava agresión de los enojos... Su destino es pasar. Son de oro sus ruedas, de oro su voz. Y lo inaccesible es llano cuando el oro vuela, y lo abrupto es dócil cuando el oro pasa.

* *

En alta noche, para atenuar la agonia de un pobre muriente, de un vencido,—flor de ancianidad y de dolor,—fúíme por la ciudad á buscar un médico, un hombre que supiera, con pócimas y vocablos de ritual, darle, á lo dolorosamente irremediable, apariencia poco desoladora, poco triste, resistible, irreal.

No lo encontré! Al pie de muchas puertas se levantó mi voz; muchos

botones de campanilla oprimió mi mano en convulsión desesperada. No lo encontré!

—No me levanto de ningún modo,—dijo alguno.

—Estoy enfermo,—pretextó otro.

—Es muy tarde,—respondió el último.

Llegóme entonces al alma desolación de huérfano, hondo abatimiento de peregrino fugitivo, tristeza inmensa de hogar solitario, pesadumbre de traicionero amor, no sé qué... Y seguí caminando por las calles, bajo el soplar del viento cruel como la infamia, ante la luna opaca como una esperanza sin vida, medroso como el que bordea un abismo, en medio de un silencio de cementerio, sobre una tierra fría que maldije porque no corcoba y se estremece cuando la pisan hombres que ni por paga quieren hacer una caridad.

OMAR DENGO

El guante

Un nuevo golpe de muerte ha dado á la enseñanza pública, el sedicente Gobierno republicano que ahora rige los destinos de los costarricenses.

Para justificar en cierto modo la pequeña venganza política cometida en la persona de un profesor del Liceo, don Eduardo Evans,—á quien se ha destituido de su puesto por su inconformidad ostensible fuera de la cátedra con los procedimientos imperantes,—se derogan las disposiciones que hoy fungen como leyes, y que aseguran al profesorado del país su inamovilidad en tanto que no se compruebe formalmente su incompetencia ó su incorrección.

De todo lo que en materia de enseñanza se ha legislado en los últimos años por los mentores improvisados del ministerio, tales estatutos son los únicos que revelan con meridiana claridad un deseo sinceramente practicado de elevar al rango que por derecho

natural le corresponde, el único sacerdocio venerable en nuestros tiempos de esfuerzo y de cultura: el sacerdocio de la enseñanza.

Y para demoler tan importante garantía, aduce el Gobierno un mentido respeto al precepto constitucional que autoriza al Poder Ejecutivo para la libre remoción de sus empleados.

No es posible sostener seriamente, que el espíritu de la constitución de un país republicano sea propicio al establecimiento de ningún absolutismo administrativo; y lógico es entender que la libertad á que la Carta Fundamental de Costa Rica se refiere, deba estar moldeada en las reglas de equidad que la cultura y el progreso de las ideas vayan señalando.

¡Mil veces maldito sea el poder que envenena las más saludables energías de los hombres, y las lanza en los abismos de la apostasía!

Las enervantes condiciones de nues-

tro clima y acaso también la crisis económica que sufre el país en estos momentos, impedirán de seguro que todo el personal docente de la República conteste con una guantada formidable á este reto salvaje.

Que conste, al menos, la protesta del grupo de trabajadores desinteresados que en este campo ofrendan su labor á la cultura y á la libertad humanas.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

MOVIMIENTO SOCIAL

SIGUE LA REVOLUCION EN MEXICO

A pesar de los esfuerzos que hace el tirano Porfirio Díaz y los burgueses americanos para sofocar la revolución de México, ésta sigue su marcha triunfante, destruyendo todos los obstáculos que encuentra á su paso y ganando cada día más fuerza y vigor, multiplicándose las filas de los rebeldes y creciendo el entusiasmo.

Hay que saber, que la revolución en México tiene mucha semejanza con la revolución rusa, formando parte del ejército rebelde diversos partidos, ideas y tendencias, luchando todos los elementos para destruir la actual dictadura y dejar el campo libre para otras instituciones más libres y justas.

El obstáculo más grande que tienen los revolucionarios es la corrupción que reina en la capital, en donde se halla el pueblo sumido en una ignorancia é indiferencia lamentables. Es por esta causa que la lucha se limita actualmente en el campo, por hallarse los verdaderos rebeldes, los sufridos peones que no pueden aguantar por más tiempo la odiosa explotación y la

brutal tiranía á que se hallan sujetos por tanto tiempo.

Esta revolución podrá ser larga; pero esperamos que por fin llegarán los revolucionarios á triunfar en su lucha, á pesar de los muchos sacrificios y de la pérdida de combatientes que forzosamente han de sufrir.

La constancia y la fe en los ideales emancipadores han de imponerse á los esfuerzos desesperados de los tiranos, luchando sin tregua ni descanso hasta ver coronados sus esfuerzos y realizadas sus aspiraciones.

¡Adelante, luchadores mexicanos!, luchad con energía, y acordaos que la única revolución que emancipará á los hombres será la social, no aceptando otro sistema que la tierra libre, la igualdad económica y la libertad individual, sin escucharos las promesas halagadoras y oportunistas de los políticos ambiciosos, que tan sólo tratan de subir al poder para continuar la dictadura y la opresión del nerón Porfirio Díaz.

(De *Cultura Proletaria*, New York).

PENSAMIENTO

Es un error imaginarse que una religión vieja desaparece de la tierra empleando la indiferencia, el desuso ó la discusión contra ella. No ha habido hasta el presente un solo culto, por falso y absurdo que podáis imaginároslo, que haya desaparecido de este modo. Todos los que han dejado de ser han caído no por indiferencia, sino por haberles dado la orden formal de morir. El menor de los fetiches ha sido sobre el particular tan obstinado como los más bellos dioses de Homero.

EDGAR QUINET